

fuerte del ejército turco, le desbarató y le derrotó completamente. En medio del desorden y de la confusión, cogió al secretario de Amurates, que acompañaba al general en jefe, y poniéndole un puñal al pecho, le obligó á estender un despacho para el gobernador de Croya, mandándole que entregase la plaza y el gobierno al portador de aquella comision. Luego que obtuvo el despacho, quitó la vida al secretario y á los pocos turcos que se hallaban presentes, para que no pudiese el sultán tener noticia de la empresa hasta que estuviese ejecutada. Va volando á Croya, presenta la orden, se le entrega la plaza, y se da á conocer á sus pueblos, que llenos de alegría porque iban á sacudir el yugo otomano, le proclaman rey con un entusiasmo indecible. De este modo recobró el cetro de sus antepasados en el año 1443. Habiendo cautivado extraordinariamente el corazón de su pueblo y de su nobleza, á la cual supo comunicar su heroísmo, halló medios para resistir al despecho furioso de Amurates, le venció muchas veces de un modo casi increíble, y le obligó por último á concederle la paz y todos los derechos de la soberanía. Trataba con él de igual á igual en todas las cosas, y especialmente cuando importaba á la verdadera Religion, la cual volvió á abrazar con sinceridad y la honró constantemente con sus virtudes. Habiéndole convidado Amurates con su antiguo favor, é instándole que volviese á las prácticas de la religion mahometana, le exhortó bien al contrario Scandemberg á que se hiciese cristiano, y con unas razones tan superiores, que por lo menos demostraron la desigualdad de las dos religiones. Quería que todo contribuyese á dar honor al cristianismo, hasta en los ejércitos, donde hizo que floreciese la piedad, y que por un prodigio mucho mayor reinase una pureza de costumbres que hubiera causado admiracion

en una comunidad religiosa. Con los auxilios que de este modo alcanzaba de lo alto sostuvo y aumentó su poder durante el reinado de Amurates; y en fin, en los mismos muros de Croya le causó un sonrojo personal y unas pérdidas inmensas que se dice acabaron con la vida del orgulloso sultán de resultas de la fuerte impresion que hicieron en su ánimo. El héroe cristiano, con su pequeño Estado y el único auxilio del cielo, luchó todavía mucho tiempo contra todas las fuerzas otomanas, contra el mas formidable de los sultanes Mahomet II, á quien hizo temblar muchas veces, habiendo obtenido constantemente su aprecio y obligándole á mirarle con admiracion, aun cuando estuvo á punto de sucumbir bajo el peso enorme que oprimió á todo el Oriente.

Reducido Amurates á los mayores apuros á causa del valor reunido de Huniades y Scandemberg, los dos héroes de su siglo, y de una liga formidable ajustada contra el enemigo comun de la cristiandad, entre los húngaros, polacos, venecianos, genoveses, el duque de Borgoña, que movido de su piedad se asoció á las empresas de las mayores potencias, el príncipe de Caramania que incomodaba mucho á Amurates en Asia, y el emperador de Constantinopla sin embargo de sus cortas fuerzas; Amurates, repito, aunque animado de un odio implacable contra los cristianos, y de un deseo no menos vehemente de engrandecer sus Estados, no halló mas recurso que la paz para evitar un golpe á que no creía poder resistir. Envió, pues, comisionados con el pretexto de tratar del rescate del bajá Carambei, y por medio de ellos prometió secretamente á su suegro el déspota de Servia, á quien habia despojado de sus Estados, que se los restituiria si lograba de los demás príncipes coaligados que conviniesen por lo menos en unas tre-

guas razonables (1). El déspota, llamado Jorge, persuadió en primer lugar á Huniades, á quien no se escaseaban las promesas, y el cual obtuvo el consentimiento del rey Uladislao, poco inclinado por otra parte á continuar la guerra lejos de Polonia, cuando este reino se veía amenazado de los tártaros; de forma, que con gran sentimiento, y á pesar de las reclamaciones del cardenal legado, el célebre Julian Cesarini, se ajustaron unas treguas de diez años con las condiciones siguientes: Que Amurates conservaria la Bulgaria, y que las demas posesiones que habia invadido por aquella parte serian restituidas á las personas de quienes eran antes de la guerra, y que se devolverian los prisioneros que se hubiesen hecho recíprocamente, y con particularidad los hijos del déspota Jorge de Servia. Para cimentar el turco esta paz finjida, quería que se jurase su cumplimiento sobre la Hostia consagrada: cosa que no pudo tolerar la piedad cristiana, sobresaltándose con la sola idea de ofrecer en espectáculo á los infieles nuestros mas formidables misterios. Sin embargo, juraron los cristianos sobre el Evangelio, y los turcos sobre el Corán (1444).

Prometiéndose Amurates recobrar en lo sucesivo lo que devolvía en Europa, envió todas sus tropas á Asia para oprimir desde luego al príncipe de Caramania, abandonado, por decirlo así, á la discrecion del turco. El cardenal Gondolmer, sobrino del Papa Eugenio, que mandaba la escuadra de los cristianos reunida ya en aquellas playas, dió noticia á Uladislao de toda la que pasaba, y le instó al mismo tiempo á que protegiese con vigor, segun sus promesas, á unos aliados distantes y de buena fé que se habian portado ya con tanta grandeza de alma, haciéndole presen-

te que nunca se habia presentado mejor ocasion que desde que el mahometano habia dejado sin tropas todos sus dominios de Europa. El emperador de Constantinopla escribió por su parte que los occidentales no podian ya diferir los socorros pedidos sin imprimir una mancha indeleble á su memoria; que él, no sólo habia desechado la paz y la alianza que le ofrecia Amurates, sino que estaba pronto á hacerle la guerra, y habia dado ya principio á las hostilidades; que en sus treguas habia procedido el turco con fraude y por sorpresa, estando dispuesto á tomar las armas en el primer momento favorable á pesar de todos sus juramentos, y que si semejante conducta, familiar á aquellos infieles, detenia á los vencedores en medio de sus triunfos, vendrian á ser la fábula del universo. Uladislao, Huniades y todos los grandes del ejército, preconizados hasta entonces por la voz unánime de tantos reyes y de tantas naciones como los salvadores de la república cristiana, empezaron á avergonzarse de su inconsideracion y concibieron un arrepentimiento amargo por haber procedido tan de ligero.

El cardenal legado, á quien el torrente de las opiniones contrarias habia detenido en sus primeras reclamaciones, las corroboró entonces con aquella fuerza de raciocinio que caracterizaba su elocuencia. Suplicó encarecidamente á los gefes del ejército que considerasen bien en lo que habia parado su ligereza; que empeñando su fé con los infieles, habian violado la que dieron anteriormente á toda la Iglesia militante, al primer Pastor, que es el Vicario de Jesucristo en la tierra, á los soberanos coligados con ellos, á todos los príncipes y á todos los pueblos cristianos; y esto por una ventaja pequeña y además ilusoria, por la recuperacion de la Misia, enteramente arruinada, y en la cual volveria á entrar el musulman perjuro siempre que le convinie-

(1) Bonfin. 3 dec. e. 6; Mart. Crom. 1. 21. B. del C., tomo XIX.—VI.—HISTORIA ECLESIASTICA Tom. IV.

se. ¿Qué podían, pues, responder al Padre comun de todos los fieles cuyas esperanzas dejaban frustradas; al emperador de Constantinopla que subsistía armado desde la alianza que había contraído solemnemente con ellos y los estaba esperando para caminar á un triunfo seguro y completo: á los venecianos y á los genoveses, que habían tripulado con tanta puntualidad sus escuadras; á los borgoñones, que separados del mar por tanto número de provincias, le habían atravesado ya y cubrían el Helesponto; á todo el mundo cristiano que los acusaría de infidelidad á sus promesas, de cobardía, de perfidia, de haber atropellado todo derecho social, y de haber afeado su nombre con una ignominia eterna, en vez de la fama inmortal que casi tenían ya adquirida?

Volviendo despues, como al punto capital de la dificultad, á la nulidad de las treguas concluidas contra unas obligaciones anteriores, los instó fuertemente á que reparasen una falta tan vergonzosa antes que se hiciese mas notoria semejante infamia. Les dijo que á la verdad debía observarse inviolablemente un juramento justo, y que de esta naturaleza era el que los obligaba con respecto al Papa y á los príncipes coligados; pero que un juramento temerario, hecho con perjuicio de tercero y del bien público, contra un tratado precedente y en favor de un enemigo sin fé, que no había entregado, segun sus propias convenciones, los prisioneros ni las plazas de los cristianos, era nulo y que su observancia no podía menos de desagradar á Dios en lugar de honrarle; y que no obstante, para quitar todo escrúpulo, los absolvía de él en nombre del Sumo Pontífice. En efecto; refiere Eneas Sylvio (1) que el Papa Eugenio escribió á su legado para que absolviese al rey Uladislao de su

(1) En. Sylv. Europ. c. 8.

juramento, y aun para obligarle con amenazas á continuar la guerra contra el turco.

Hizo tanta impresion el discurso del legado, que resonaron en toda la asamblea los gritos de los que pedían la guerra, aun cuando su éxito hubiese de ser desgraciado, diciendo que valía mas morir por la Religión que arrastrar una vida vergonzosa despues de haber hecho traicion con ella á los que mostraban el mayor celo por su defensa. El mismo Huniades y el déspota de Sérvia, que habían negociado las treguas se conformaron con el comun dictámen, éste por la esperanza de recobrar mas gloriosamente su principado, y aquel por medio de la promesa que se le hizo de establecerle rey de los búlgaros. Tomada esta resolucíon se envió inmediatamente á dar parte de ella al emperador de Constantinopla y al cardenal nepote que mandaba la escuadra. Uladislao marchó despues desde Sejedín á la Hungría baja, pasó el Danubio y atravesó la Bulgaria, sin detenerse en sitiar las plazas y las muchas fortalezas que ocupaban todavía los turcos, con el objeto de reunirse con las tropas embarcadas. Le alcanzó en el camino el príncipe de Valaquia, gran guerrero, que con su destreza y valor había defendido hasta entonces por sí solo su país contra los turcos. Pero cuando vió este prudente capitán que el ejército de Uladislao estaba disminuido en extremo por haberse retirado muchos válicos y polacos, á quienes se habían dado sus licencias luego que se firmaron las treguas, sin contar los auxiliares de todas las naciones, en quienes aquel arreglo impolítico había estinguido el ardor marcial, hizo todo lo posible para impedir que pasase el rey mas adelante, ó á lo menos para hacer que esperase los varios socorros que se le prometían. «¿Qué habeis de hacer (le dijo) contra el gran Señor, con un ejército que no equivale á la comitiva que él lleva cuando sale á caza?» Siendo in-

útiles todas sus instancias, no dejó el generoso válico de darle cuatro mil caballos mandados por su hijo, y luego se fué á atender por sí mismo, en tan eminente riesgo, á la seguridad y defensa de sus propios Estados.

Instruido Amurates del rompimiento de los tratados y de los movimientos del ejército cristiano, vió que las circunstancias en que se hallaba exigían una diligencia y actividad extraordinaria; pero lo que mas le acongojaba era el haber de volver á atravesar unos mares cubiertos con la escuadra enemiga. Ya fuese por sorpresa, ó por la avaricia pèrfida de los genoveses, á quienes se acusó de que habían vendido el paso á los turcos, á razon de un escudo de oro por cabeza, logró el sultán volver á pasar á Europa con todas las tropas que había sacado de ella y juntarse además con las que se habían reunido hácia el Quersoneso de Tracia. Avanzando á largas jornadas para alcanzar á los cristianos, los encontró á orillas del Ponto Eusino, en Varna, ciudad de la Mesia baja, y se dispuso inmediatamente á presentarles batalla. No deseaba menos el combate el rey de Polonia, á pesar de la molestia que le causaba un abceso ó apostema que tenía en una pierna. El legado propuso con mucho acierto que convenia atrincherarse cerca de las montañas, para observar bien las fuerzas del enemigo, y esperar noticias exactas así de la escuadra como de las tropas griegas, con cuyo auxilio debía contarse para proceder de comun acuerdo. Muchos capitanes experimentados fueron del mismo dictámen; pero Huniades, arrebatado por el fuego de su valor, al ver unos batallones que tantas veces había desbaratado, dijo que le era conocida la ostentación musulmana; que nunca eran los ejércitos turcos tan numerosos como se suponía; y que sobre todo, aunque estuviesen reunidas todas las fuerzas de la Turquía, no se seguiría de esto otra cosa sino que el valor húngaro tendría mas

laureles que coger. Segun este dictámen, que era efecto de una valentía soldadesca, se cometió la imprudencia de señalar el combate para el dia siguiente; pero luego que se acercaron los dos ejércitos, quedó Huniades tan asombrado al ver su enorme desproporción, que no pudo menos de manifestar al rey lo mucho que iban á aventurarse y le aconsejó la retirada. Le replicó Uladislao con aspereza que su consejo llegaba muy tarde; que se acordase de las palabras pomposas que había dado el dia precedente; que ya no había tiempo para otra cosa mas que para pelear con el valor que había mostrado prematuramente; que no se podía tratar de una retirada que en la realidad sería una fuga vergonzosa; despues de lo cual mandó que se pusiesen todos sobre las armas y estuviesen prontos á acometer. Huniades formó el ejército en batalla, ejército que solo constaba de diez y ocho á veinte mil hombres, cuando segun varios autores, llegaba el de los turcos á cien mil.

Se dió la batalla el dia 10 de noviembre de 1444, vispera de San Martín, y por mucho tiempo se peleó con gran valor por una y otra parte (1); pero habiendo el ímpetu de los cristianos desordenado las primeras filas de los turcos, se apoderó de Amurates un terror repentino y tan vehemente que solo pensaba en huir, y no hubiera tardado en salir de la refriega, si no hubiese sido porque cogiendo sus oficiales la brida de su caballo, le obligaron á empezar de nuevo el combate. Se volvió á pelear con un ardor prodigioso; por espacio de muchas horas estuvo dudosa la victoria, inclinándose unas veces á los turcos y otras á los cristianos, hasta que oprimidos estos con el excesivo número de sus enemigos empezaron á perder algun terreno. Entonces se arroja Uladislao á lo mas fuerte de la refriega, acompañado de algunos soldados

(1) Naucier. Gener. 49, pag. 466.

intrépidos, y destrozando cuanto se les ponía delante, pasa por medio de los genizaros y llega hasta una colina donde se habia apostado el sultán: impetu propio de la juventud, y efecto de una desesperacion que llenó de terror á Amurates y á sus tropas, y que podia haber decidido la victoria si hubiera mostrado Huniades el mismo vigor. Pero este grande capitán, de quien no puede sospecharse razonablemente que llegara á acobardarse, se ciñó demasiado á las reglas ordinarias, y juzgando perdido todo el ejército si no se conservaba alguna parte de él, mandó tocar la retirada, llevándose diez mil hombres entre húngaros y valacos. El rey perdió su caballo y él mismo pereció oprimido, mas bien que vencido. Héroe desgraciado, que no llegaba á los veinte años, y era ya digno de la inmortalidad, no stó por su valor, que si pecó en algo, fué en ser excesivo, sino tambien por todas las cualidades sólidas y brillantes de alma y cuerpo, por sus raras virtudes, por la templanza, frugalidad, piedad insignie, y aun por el amor de la justicia, bien que no se le puede disimular el haber usurpado el reino de Hungría á un rey menor de edad. Enternecido el mismo Amurates, mandó en el campo de batalla que se le diese sepultura honrosa, y se le erigiese unaredunna con inscripciones para que se guardase al menos la memoria de un héroe digno de una larga vida. Mas no se acordó que quedo muerto, y le cortaron la cabeza y la levantaron en una pica á vista de todas las tropas. Los turcos que empezaban ya á desesperar de la vida del sultán, y aun de su propia existencia, volvieron á alentarse, y sin saber lo que hacían, por decirlo así, pusieron en fuga á aquellos de quienes antes habían, y consiguieron inesperadamente una victoria completa. Los que se dispersaron de resultas de la irrupcion de Ladislao, y se habian derramado ya

por las plazas inmediatas, publicando que estaban victoriosos los cristianos: y aun los que habian sostenido el combate hasta el fin, ignorando que se hubiese declarado la victoria por el sultán, y no sabiendo donde se habian retirado los cristianos despues de su fuga, temieron que fuese una estratagemma, y estuvieron dos dias sin atreverse á saquear el campo de los vencidos. Sin embargo, segun la opinion comun de los autores, no quedó vivo ni un solo soldado polaco, habiendo muerto tambien la mayor parte de los húngaros, ya en el campo de batalla, ya en las campiñas donde se dispersaron. Los principales señores y los obispos quedaron prisioneros y fueron puestos en mazmorras. Eneas Silvio dice, que huyendo á caballo el cardenal Julian, y libre ya de los turcos que le perseguian, fué asesinado por unos ladrones que creían llevaba gran cantidad de dinero. Así acabó este hombre escelente, calificado con este elogio por los mismos griegos, y digno de toda su celebridad por sus virtudes, por su doctrina, por su elocuencia y por su influjo en los asuntos mas importantes de dos concilios generales, antes de cumplir los cuarenta y seis años, en cuya edad murió. En todas sus empresas habia salido con felicidad, á escepcion del mando de los ejércitos, que era ageno de su estado.

El desgraciado Juan Paleólogo, emperador de Oriente, ó por mejor decir, de la ciudad de Constantinopla, enclavada en el imperio de los turcos, temia experimentar despues de la batalla de Varna todos los efectos de la venganza de Amurates. Pero el sultán usó de una moderacion casi ipereible; le concedió la paz luego que se la pidió, y la observó con puntualidad durante su vida. No se ensobreció con esta victoria, ni manifestó la alegría que acostumbraba en semejantes ocasiones, antes bien estaba triste y pensativo, y respondió un dia á los que

le preguntaban la causa de aquella novedad, que no hallaba mayor desgracia que vencer muchas veces á tanta costa: por lo cual, sin querer aprovecharse de todas las ventajas que le ofrecia su triunfo, se volvió á Andrinópolis, que era la capital de sus Estados, resuelto á vivir en ella con quietud y tranquilidad. Habia perdido por lo menos treinta mil hombres de las tropas mas escogidas que tenia. Dicese que al ver el destrozo de su ejército, sacó del pecho el papel de las treguas firmadas por los cristianos, y levantó las manos y los ojos al cielo, rogando á Jesucristo que, si verdaderamente era Dios, castigase á sus violadores perjuros; y se añade que al momento empezó á desordenarse el ejército cristiano. Trayendo á la memoria lo que hemos dicho acerca de la fé violada con respecto al Papa y á los principes cristianos por el tratado contrario concluido despues con Amurates, ¿habrá quien pueda figurarse que hiciese milagros el cielo para castigar la infraccion de aquel nuevo contrato que no pudo celebrarse sin atropellar todos los respetos debidos á la república cristiana? Y aun no faltan autores que justifican absolutamente esta conducta, fundados en que Amurates fué el primero que violó su tratado, reteniendo los prisioneros y las plazas que se habia obligado á devolver á los cristianos.

Quedó el Papa Eugenio afligido sobremanera cuando supo las consecuencias de la batalla de Varna, con las cuales se frustraba la esperanza que se habia concebido de tener confinados á los turcos por mucho tiempo al otro lado del Bósforo: y trató de consolarse empleándose en funciones propias únicamente del sucesor de San Pedro, del Vicario del Salvador de todos los hombres. En la primera sesion del concilio de Roma, celebrada en el palacio de Letran á 30 de setiembre de 1444, reunió á la Iglesia romana los pueblos cristianos de Siria y Mesopotamia

que estaban inficionados con los errores de Eutiques y de los griegos (1). El arzobispo de Edesa, llamado Abdalla, habia pasado á Roma desde aquellas estremidades del Oriente, y despues de algunas conferencias recibió en nombre del patriarca Ignacio una confesion de fé, por la cual reconocia que hay en Jesucristo dos naturalezas sin confusion, como tambien dos voluntades sin oposicion, y que el Espiritu Santo procede del Padre y del Hijo, como de un solo principio. Causó admiracion el ver que aquellos hermanos separados del centro del catolicismo por tantos mares y tierras incultas, y sumergidos tanto tiempo en las tinieblas del error, eran enteramente ortodoxos, á escepcion de estos tres artículos, á los cuales se sujetaron luego que se les dió noticia de ellos. Continuando sus sesiones el concilio de Letran, volvieron á abrazar la sana doctrina con todo su pueblo y clero á 7 de agosto del año siguiente, en una congregacion general. Elías, obispo de los maronitas, que defendian tambien los errores de Eutiques, y Timoteo de Tarsis, arzobispo de los caldeos, inficionados con el nestorianismo. El arzobispo de Tarsis habia concurrido en persona, y el obispo Elías habia enviado á su diputado Isaac al concilio, en el que hicieron los dos una profesion solemne de la fé romana, y fueron admitidos á la comunión católica (1445).

Entre otros efectos desgraciados, produjo la batalla de Varna el de dejar vacantes dos tronos, muy espuestos uno y otro á la rapacidad de los infieles (2). Para ocupar los húngaros el suyo, pusieron los ojos en un príncipe de cinco años, ya porque conservasen todavia alguna inclinacion á aquel mismo Ladislao, á quien habian desechado al principio á causa de su infancia, ó ya

(1) Conc. t. 13, p. 1222.

(2) Thuros, c. 44 et 45; Dabrav. l. 28.